

MODERADOR: Carlos MARIN, Director General Editorial del Grupo Milenio, México

EXPOSITOR: Guillermo LONG, Investigador Proyecto Bicentenario, Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales, FLACSO, Ecuador

Son 200 años de la declaración de independencia formal de los Estados - Nación de América Latina, un motivo de celebración por ser un hito fundacional, y como tal, un hito vital para la consolidación de proyectos estatales y nacionales en el presente.

El bicentenario nos brinda la oportunidad para la reflexión sobre el estado de la nación latinoamericana a los 200 años de su creación.

No podemos cegarnos ante la realidad de que América Latina no ha logrado, hasta la fecha, ser particularmente próspera o influyente a nivel internacional, tampoco han sido muy inherente hacia adentro, con su propio pueblo, ni tampoco hacia fuera, sin llegar a tener un gran impacto sobre los destinos de la misma especie humana.

Han sido Estados-Nación relativamente débiles.

En América Latina, desde los inicios de la independencia, el movimiento republicano fue sumamente occidental e influenciado por Europa y los movimientos de la ilustración a finales del siglo XVIII. Es así que en cierto punto lo que hicieron las élites criollas fue copiar, en el buen sentido de la palabra, un modelo que era fundamentalmente importado. Es lógico pues, sabemos que las asimetrías a nivel internacional y también que las asimetrías entre los individuos hacen que, el débil tienda a codear al fuerte, el vulnerable tienda a reproducir las estrategias del poderoso.

Lo que pasa es que en América Latina se copiaron algunas cosas bien, (copiar no quiere decir que no se hayan tomado en cuenta los factores endógenos originarios, pero los símbolos del poder fueron fundamentalmente importados) y otras mal, en particular el modelo del estado-nación europeo que no pudo ser absorbido correctamente por el rol de América Latina, en la división internacional del trabajo. Esto también ocasionó que el estado latinoamericano no se centralizara y que de lugar a un proceso de homogenización como se dio en muchos países de Europa y por supuesto en Estados Unidos.

A partir de ello se habla de descentralización, pero en algunos casos hablamos sobre el contexto de estados que nunca llegaron a ser centralizados. En ocasiones, el modelo de desarrollo (la matriz productiva de explotar materias primas y la importación de bienes manufacturados), creó un sistema de soberanía del estado central y una soberanía de pequeños caudillos, que en sus respectivos feudos siguieron ejerciendo control. Soberanía en desmedro de la soberanía del estado central.

El modelo de desarrollo Agro-Exportador impidió el desarrollo de un mercado nacional de la clase media y la integración entre los vecinos. Seguimos aquí en los Andes exportando un 50% o hasta un 60% de nuestros bienes a los Estados Unidos y apenas un 15 % a nuestros vecinos de la zona andina.

Es decir que no somos economías complementarias, y esto se debe en gran medida, a nuestra falta de industrialización, en parte es culpa del modelo de desarrollo pero también de los obstáculos de la naturaleza: las montañas y las selvas que separan los países unos con otros. Estas trabas provocan que la construcción de una carretera entre dos países sea una tarea realmente titánica. La lluvia, a los pocos años, acaba hasta con los mejores esfuerzos de ingeniería civil.

Esto significó poca integración con el vecino, percibido como lejano. Paradójicamente también significó una relativa ausencia de guerras interestatales. América Latina, con la excepción de la terrible guerra de la Triple Alianza del siglo XIX, no vivió las grandes guerras de Europa. La falta de concentración significó tanto la falta de amistad e integración, como la ausencia de enemistad y guerra, es una suerte de autismo entre nosotros mismos.

¿Positivo o negativo? Negativo si nos fijamos en la debilidad del estado pero en lo personal me alegro que América Latina haya vivido menos guerras y genocidios que Europa. Me alegro que aún disfrutemos una diversidad cultural étnica y biológica.

El reto a los 200 años de independencia, es a mi juicio el poder conjugar la necesidad de fortalecer a un estado débil o incluso ausente, tanto a nivel rural como urbano, sin caer en la trampa de la homogenización absoluta y la destrucción del medio ambiente. Sin fortalecer al estado no podremos nunca cambiar la matriz operativa de este nefasto modelo Agro-Exportador, de las anarquías y las soberanías múltiples solapadas que existen todavía.

Carlos FORMENT, Profesor Sociología y Ciencias Políticas de la New School University, Director del Centro de Estudios de la Vida, Argentina

Hay una manera de entender la historia de Latinoamérica, los éxitos y fracasos, desde el punto de vista de los estados; pero prefiero ver la historia latinoamericana desde el punto de vista de los pueblos.

Lo que caracteriza a América Latina es la desarticulación entre la Sociedad Civil y el Estado, en parte porque los ciudadanos no se identifican con el Estado sino con la Nación.

Dentro de la vida pública el énfasis estaba en la Sociedad Civil, no en la sociedad económica ni tampoco era en la esfera pública; por lo tanto era una vida pública donde el terreno estaba desequilibrado.

América Latina fue la primera región del occidente moderno que fracasó, de cierta manera, cuando trató de reconciliar una igualdad social con las diferencias culturales. Lo que se percibe en el caso latinoamericano es un catolicismo cívico o catolicismo republicano que aporta, pero que también complica las prácticas democráticas.

Rápidamente nos hemos acostumbrado a entender los fracasos de la democracia en términos culturales y, sobre todo, por el legado colonial. La religión a veces puede ser un recurso para la democracia y otras veces para lo contrario, es por ello que no es garantía para absolutamente nada.

Hay que hacer una reflexión acerca de los vínculos de la religión, y la religión no solo en el sentido literal, con creencias dogmáticas del papa ni nada de eso, sino en el contenido cultural donde se vincula lo ético y con la democracia.

Pablo STEFANONI, Director de Le Monde Diplomatique, Bolivia

En el eslogan del bicentenario de La Paz, en Bolivia, “200 años de liberación” y el slogan indígena “500 años de opresión” existe una tensión que no se termina de resolver, posiblemente porque ambos tienen razón desde el punto de vista histórico.

Bolivia es tal vez el país de América del Sur que está planteando con más fuerza, al menos en el discurso y en ciertas prácticas, la idea de reinventar la Nación. Existen cuatro momentos en los que se intentó imaginar la Nación, y cuyo fracaso parcial o total explican la sensación permanente de frustración boliviana, en el sentido de construir un Estado-Nación exitoso y que hoy retoma con fuerza sus consignas fundacionales.

Momento liberal más clásico, compartido por países de América Latina, en el siglo XIX y principios del XX. Bolivia opera el antagonismo entre civilización o barbarie, una visión positivista sobre las relaciones étnicas, incluso raciales, y la idea de superioridad de la raza blanca sobre cualquier otra. Se dieron análisis de que el problema en Bolivia era la insuficiencia de sangre europea, poca migración, además de la mediterraneidad por haber perdido el mar en la guerra del Pacífico.

El momento del nacionalismo revolucionario que empieza en los años 40 y sigue, de manera deteriorada, hasta los 80 e intenta construir la Nación, quizá fue el momento de más densidad en términos de repensar al país y de construir una intelectualidad propia y nacional. Fue ahí cuando operó la idea del mestizaje como horizonte nacional, frente a esa visión más positivista de la superioridad de unas razas sobre otras y una fuerte idea de integración ciudadana.

Sin embargo, con el paso del tiempo fue visto por los pueblos indígenas como una integración abstracta y una exclusión concreta, que dio lugar a la emergencia de un nuevo movimiento indígena que se puede sintetizar en el manifiesto de Tiahuanaco, en 1973, donde una serie de intelectuales indígenas que habían estudiado en la universidad plantean “Somos extranjeros en nuestro propio país”.

El momento neo-liberal y multicultural en los años 90 con el primer presidente Aymara. En esta época podríamos decir, citando a Dolomite, que la diversidad estuvo contra la igualdad en el sentido que operaron una serie de reivindicaciones multiculturales con un modelo económico excluyente de privatización. Eso derivó en el fracaso de este momento que generó ciertas expectativas de inclusión.

El momento que lleva al triunfo de Evo Morales en el 2006 plantea la construcción de un estado plurinacional, incluso se cambió el nombre de República de Bolivia por Estado Plurinacional de Bolivia; esto es toda una serie de desafíos intelectuales, en el sentido de interpretar esta emergencia indígena campesina, que plantean una serie de ambivalencias en términos de ilusiones desarrollistas, construcción de igualdad y construcción institucional.

Estas ideas no solo trascendieron en Bolivia, si no que se expandieron en varios países y asambleas que derivaron en nuevas propuestas.

Víctor GARCÍA BELAUNDE, Diputado, Perú

Dudo un poco del tema de los 200 años, creo que la Revolución de Quito fue muy importante, pero no sé si fue una revolución emancipadora, de independencia, de soberanía. Además exaltando demasiado una revolución podemos quitarle meritos a otras. Aquí hubo la batalla del Pichincha que fue fundamental, Pichincha no se entiende sin la gesta de Sucre con los colombianos, venezolanos y peruanos que estuvieron muy cerca de esta ciudad. Ayacucho y Junín no se podrían entender sin la gran victoria de Pichincha.

La revolución de Quito de 1809 no es un proceso de independencia del Estado-Nación, ni un hito fundamental. La revolución no tuvo un espíritu de ruptura con el pasado o pretendió crear una nueva sociedad con un programa de reformas que condene a la Monarquía, porque se hizo en nombre del amor que le tenían a su rey Fernando VII. Es decir que no existía una idea de emancipación, una idea republicana, ni un advenimiento de una nueva sociedad.

Cita textual de los textos de Alfredo Ribadeneira, en el que el Marqués de Selva Alegre, que fue el presidente de la junta autónoma, depuso al Conde Luis de Castilla: “Habiendo la Nación Francesa, subyugado por conquista a casi toda España, coronándose José Bonaparte en Madrid y estando extinguida por consiguiente la Junta Central, que representaba al legítimo Soberano; el pueblo de la capital, fiel a Dios, a la Patria y al Rey, ha creado otra junta igualmente suprema e interina mientras su majestad el rey no recupere la península o venga a imperar en América”. Por lo tanto esto más que una revolución fue una proclamación fidelista a la corona española.

Marc SAINT UPERY, Periodista y Analista Político – Francia (Radicado en Ecuador)

La ausencia de amistad y de enemistad entre Latinoamericanos es importante para entender los problemas que se anteponen a los procesos de integración. Hay un problema fundamental del imaginario de las élites que lo explica.

Se tiene que ver que después de la Segunda Guerra Mundial, hubo una real voluntad de las élites, esencialmente democráticas cristianas y sociales demócratas. El tema cultural de esas elites se puede resumir en el imaginario colonial.

Ahora estamos en un momento determinado por varias coyunturas geopolíticas, en particular, el enorme desprestigio de la política internacional de Estados Unidos que tuvo dos mandatos desastrosos de la generación Bush. Hay problemas culturales y estructurales geopolíticos, sin embargo la dinámica de integración hoy es más fuerte, al menos verbalmente y en algunas instituciones como la UNASUR. Pero existe un problema de fondo que no existía en Europa, un desequilibrio. Europa tenía dos potencias simétricas: Francia y Alemania, pero en Sudamérica Brasil tiene la mitad de la población y del PIB de América Latina, se habla mucho de un nuevo imperialismo brasileño y es algo que se tiene que dialogar para superarlo, porque es un discurso paranoico.

Carlos MALAMUD, Investigador principal América Latina, Instituto Real Elcano, España

La responsabilidad de lo que le pasa a Latinoamérica es, relativamente, de los latinoamericanos, por esa costumbre de echarle la culpa al de al lado.

Las revoluciones de la independencia fueron básicamente revoluciones políticas, por supuesto que no se cerraron en el primer ciclo que incluye los levantamientos de Yupisaca y la Paz en el alto Perú (Bolivia no existía en ese entonces), ni la revolución de Quito en 1809. Es un proceso que pone fin por un lado, a la Monarquía absoluta y a una sociedad corporativa, algo que sin embargo nuevamente se está reivindicando con el regreso de algunas corporaciones.

Los bicentenarios son festejos eminentemente nacionales, como prueban los dos casos ya ocurridos hasta ahora que son los de Bolivia y Ecuador, y esto tiene que ver por un lado con el profundo nacionalismo que existe en América Latina, y al mismo tiempo este nacionalismo explica el fracaso de dar a los festejos una entidad continental, es decir latino-americanizar las independencias de los pueblos.

Esto se relaciona con el fracaso de los procesos de integración regional, ejemplo de ello es la UNASUR que representa a América del Sur y no a América Latina. Es así que es momento de preguntarse si sería posible un liderazgo compartido entre Brasil y México en América Latina.

Ahora se quiere reescribir la historia para falsearla, ya que se la quiere usar como mecanismo político, sin prestarle atención a los documentos científicos que relatan los sucesos de independencia, integración, emancipación, etc.

Juan PAZ Y MIÑO, Secretario del Comité Ejecutivo Presidencial del Bicentenario, Ecuador

¿Qué celebramos en América Latina? Celebramos el bicentenario de los procesos de independencia de la Nación, y cuando los historiadores hablamos de proceso estamos identificando una serie de fases.

La Revolución de Quito me parece a mí un ejemplo importantísimo para América Latina. Comienza en 1808 con una reunión en diciembre. Se produce en 1809 la junta soberana fidelista, en 1810 la muerte de los próceres del 10 de agosto, y entonces la revolución se radicaliza. En 1811 se reunió el primer congreso de diputados de Quito y en 1812 se proclamó el Estado libre de Quito que dicta la primera constitución, probablemente de América Latina. El 15 de febrero de 1812, un mes antes de la constitución de Cádiz. Así es que para los latinoamericanos celebrar nuestra historia es identificar un proceso, no un movimiento determinado como el de Chuquisaca o la Paz en 1809, porque son momentos que aún no dan la independencia total.

Vamos a celebrar el bicentenario en México, Venezuela, Colombia, Argentina y Chile el próximo 2010. En esos lugares, exceptuando México donde no se produce una junta soberana, existieron, todavía, movimientos autonomistas y como todo en ese momento, fidelistas. En 1822 la Batalla de Pichincha fue una batalla internacionalista en la que participan soldados de Argentina, Chile, Colombia, Venezuela, México, algunos alemanes e irlandeses y, naturalmente quiteños.

Cuando hablamos de celebrar el Bicentenario de la Independencia es para valorar nuestra propia historia.

Ciertamente, esos procesos no colmaron las aspiraciones de la ciudadanía del presente ni del pasado, porque todas las revoluciones emancipadoras en América Latina fueron revoluciones de élites. La élite criolla pasó a dominar nuestros estados y, por consiguiente, se construyeron Repúblicas oligárquico-terratenientes que dominaron largamente en los países latinoamericanos y cuyos principios comienzan a romperse en el siglo XX.

Nuestros defectos no son un problema de mala copia de los Estados Europeos, ni un problema de que la Nación no se identifique con el Estado, todo lo contrario, la construcción de Estados Nacionales se concentró en un tipo de élites dominantes que dieron el carácter específico a esos Estados. Y hoy, por consiguiente, en los movimientos que existen en América latina para realzar una autentica revolución social, la misión de los estados y naciones, se transforman en el sentido de que, reconociendo que los procesos de emancipación son parte de nuestra historia y de nuestros orgullos nacionales, hoy podemos también decir que son procesos que no alcanzaron el significado de revolución social que hoy queremos, y a nosotros nos toca hacer una revolución que nos permita una segunda independencia social y construir una nueva y mejor democracia.

Pavel MUÑOZ, Ex secretario de la Reforma Democrática del Estado, Ecuador

El Bicentenario presupone reconocer nuestra historia y los procesos independentistas. Efectivamente, Latinoamérica debería plantearse una nueva independencia que pase por procesos emancipatorios.

Coincido con la preocupación de los años 80 del pensador alemán Jürgen Habermas, que dice que lo que tenemos ahora es una nueva colonización del mundo de la vida. Que no está marcada sobre la colonización de unos países sobre otros, sino por un conjunto de valores de la cultura occidentalista. En los años 70 se empezó a poner en el tapete estudiar a África, Asia y a América Latina, pero no se rompió la base del pensamiento modernizante occidental, es decir, que nos enseñaron a pensar en términos binarios: o somos civilización o somos barbarie, o somos pobres o somos ricos, o somos desarrollados o sub desarrollados.

Así es que partimos siempre del pensamiento de que América Latina es subdesarrollada y hay que salir de eso. Deberíamos reconocernos tal cual somos debemos, y prestar nuestros procesos y desarrollos sobre nuestra propia matriz cultural, es algo que en algunos países latinos ya se está reactivando.

Al menos tres cosas podrían estar en el repertorio de nuevas emancipaciones de nuestros países. El primero: Es necesario plantearse terminar de construir nuestros Estados Nacionales pero ¿Con qué características? Apostar por una visión emancipadora, dialogal, múltiple, diversa sobre un proceso de justicia social y el buen vivir.

Necesitamos otra cosa para entendernos, es así que debemos pensarnos como una sociedad plurinacional y pluricultural.

Deberíamos terminar con la colonización del pensamiento y construir nuestra propia base del pensamiento, pensarnos desde nuestras propias categorías desde lo que somos y no lo que creemos ser.